



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Los ejércitos europeos en el siglo XIX

Juan Miguel Teijeiro de la Rosa

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Sección de Historia Militar

1 de diciembre de 2022

Durante más de medio siglo después de la desaparición de Napoleón del mapa político pareció que, con una amplia desmovilización, las distintas naciones querían olvidarse del cruento período bélico que, en todos los sentidos, aquél había proporcionado. Ahora los problemas iban a ser de otra naturaleza, serían predominantemente internos y promovidos por sus propios ciudadanos. Aunque ya nada volvería a ser igual, al menos formalmente la Restauración pretendió ser una vuelta al pasado, algo ciertamente imposible, porque la Revolución había dejado su germen, y las ideas revolucionarias y nacionalistas resurgirían al cabo del tiempo, y de una u otra forma, en los distintos países.

El papel del militar dentro de la sociedad comenzó a perder consistencia, salvo tal vez en Francia, donde el recuerdo de las glorias napoleónicas persistió de alguna manera. En ausencia de guerras internacionales durante la primera mitad del siglo, y a falta de una policía eficaz, los ejércitos se convirtieron en garantes del orden público, principal preocupación de la emergente burguesía, cuyos negocios exigían la mayor estabilidad social. El otro papel que iba a corresponder a los ejércitos era el apoyo a las nuevas políticas expansionistas sobre regiones limítrofes (Austria y Rusia) y a la fiebre colonialista (Gran Bretaña en Asia y, pasada la mitad del siglo, Francia y otras naciones en África).

El mantenimiento del orden a cargo del ejército fue determinante en Prusia, Austria y Rusia; en España lo hizo de forma muy peculiar, porque lo garantizaba y lo

alteraba al mismo tiempo. Además, la creación de los institutos de la Guardia Civil y Carabineros permitió descargar al Ejército de muchas funciones ajenas a las puramente militares. La seguridad de la lealtad del Ejército -pues la Marina no planteaba problemas- fue la principal preocupación de los políticos de la Restauración.

La primera mitad del siglo XIX no contempló modificaciones sustanciales en el armamento empleado hasta entonces, y aunque la industria mecanizada evolucionó con rapidez y se desarrollaron nuevos inventos en el campo militar, su aplicación práctica no tuvo lugar hasta la segunda mitad del siglo. Se descubrieron nuevos explosivos, como la piroxilina, mucho más poderosa que la pólvora que venían utilizando los cañones, y en 1847 el químico italiano Sobrero descubrió la nitroglicerina, aunque todo ello no tuvo eficacia hasta tiempo después. Los franceses llegaron a reemplazar los cañones de ánima lisa por los de ánima estriada, sistema que a mediados del siglo comenzó a ser utilizado por todos los países, dando lugar a que empresas como la Krupp y la Armstrong los fabricasen ya a partir de 1847. El cañón de bronce de avancarga se convirtió en objeto museístico ante los de acero de retrocarga.

La decadencia de la caballería había convertido a la infantería en la reina del campo de batalla. Si en un principio siguió utilizando el mosquetón de avancarga con su bayoneta, éste pronto se vería desplazado. Un militar, Minié, inventó para esta arma un proyectil de sección cilíndrica, que permitía que la bala fuera de un diámetro reducido, y que al efectuarse el disparo se dilatase, ajustándose a las ranuras introducidas en el cañón, logrando así un mayor alcance y una mayor precisión. El fusil de percusión, inventado ya a primeros de siglo, se empezó a emplear en 1840 por el ejército inglés.

La cada vez mayor precisión y potencia de fuego de la infantería obligó a cambiar las tácticas. Ya no era posible avanzar en líneas y en formación cerrada; se tendió a un orden abierto al observarse que «un buen soldado detrás de un montículo de tierra valía lo que tres al descubierto». Un importante avance para la logística iba a ser el desarrollo del ferrocarril, que poco antes de mediados de siglo fue empleado para algún traslado de tropas en Inglaterra y Prusia, aunque aún como algo en período de pruebas.

También en la Marina la aplicación y desarrollo de los descubrimientos técnicos conseguidos en la primera mitad del siglo, tuvo lugar en la segunda con el desarrollo de la revolución industrial. El perfeccionamiento de la máquina de vapor iba a llevar ineludiblemente a la desaparición de la vela. La sustitución del casco de madera por el de hierro también se inició en estas décadas, siendo los Estados Unidos los que botaron en 1842 el primer navío de guerra de hierro. Fueron los franceses los



Combat de Manonga (Louis Tinayre)

pioneros en sustituir las balas esféricas sólidas por otras de casco hueco que incorporaban productos explosivos e incendiarios, y que en 1837 fueron incorporadas a su artillería naval, como no tardaron en hacerlo Rusia, Holanda y Dinamarca.

En Francia el Ejército gradualmente se despolitizó y, al menos por lo que respecta a su oficialidad, se profesionalizó. La tropa ya no se sentía atraída por el voluntariado, y hubo que acudir al reclutamiento obligatorio. En la oficialidad siguió imperando el principio de la meritocracia que tan buenos resultados había dado a la República y al Imperio. La Marina siguió reclutando brazos a través de la *Inscription maritime* aplicada en todas las provincias del litoral.

En Prusia la militarización del Estado y de la sociedad tuvo las naturales consecuencias en el Ejército, cuya administración quedó en manos de sus propios mandos, sin la menos posibilidad de injerencia de la Administración civil. Allí siguió imperando el servicio militar obligatorio durante tres años, pasando después el soldado a la *Landwehr*, que continuó existiendo como milicia de apoyo al ejército regular. La militarización prusiana se extendió al resto de los estados alemanes, aunque en menor medida. Austria, con una estructura imperial tachonada de una veintena de nacionalidades, tenía un Ejército voluminoso en número, pero impregnado de una ideología conservadora, con una oficialidad procedente de la nobleza en una importante proporción y, en cualquier caso, con una mentalidad aristocrática. Los soldados se reclutaban mediante sorteo, pero la corrupción

administrativa permitía a las clases más pudientes eludir el servicio militar. Un largo período de servicio y una disciplina férrea conformaban la vida del soldado.

El caso más extremo era el ruso. Su Ejército, que teóricamente podía reunir un millón de hombres, en la práctica no llegaba a concentrar más de 300.000. Un Ejército con una doctrina aristocrática, y una Marina en manos de profesionales del mar y mercenarios extranjeros. El soldado seguía siendo algo parecido a un siervo de la gleba, sometido a una situación de casi esclavitud, unas condiciones materiales miserables y una disciplina salvaje durante veinticinco años.

La Gran Bretaña seguía siendo singular, por su Ejército, centrado en labores de defensa de las islas y de mantenimiento de la paz social, pero al mismo tiempo atendiendo al nuevo impulso de expansión territorial en Asia. Sus soldados eran voluntarios que se alistaban por más de veinte años, como también lo eran en la Marina, que siguió siendo la indiscutible reina de los mares, sin ninguna otra que la pudiera hacer sombra. Los soldados ingleses eran voluntarios que se alistaban por más de veinte años, lo que daba lugar a unas tropas con un alto grado de preparación. En el Ejército los empleos de los oficiales siguieron siendo objeto de compra, por lo que el oficio se mantuvo en manos de las clases más elevadas y pudientes. En la Marina la experiencia entre los mandos siguió siendo el factor dominante por encima del académico, al menos durante la primera mitad del siglo.

En España la primera guerra carlista, larga y compleja, obligó a incrementar considerablemente los efectivos del Ejército, que al final de la misma contaba con más de 260.000 hombres, de los cuales un tercio correspondía a las Milicias provinciales y a voluntarios de cuerpos francos. Aunque, terminada aquélla, se licenció a buena parte de la tropa, la paz sellada con el abrazo de Vergara (1839) exigió integrar en el Ejército liberal a los efectivos de oficialidad de lo que hasta entonces había sido el Ejército carlista, dando lugar a una inflación en sus filas, que sufrían enormes excedentes. Una reforma en profundidad del Ejército no tuvo lugar hasta la llegada al poder del general Narváez. Tal reforma, iniciada en 1844, unificó la infantería al integrar en las Tropas de Continuo Servicio a las Milicias provinciales, que desaparecieron como tales. La caballería organizó sus regimientos de línea dedicando dos tercios de los mismos a los lanceros y el resto a coraceros. Los regimientos ligeros pasaron a estar formados por unidades de dragones, húsares y cazadores. La artillería se especializó cada vez más, cobrando progresiva relevancia la artillería de campaña. El Cuerpo de Estado Mayor continuó su proceso de consolidación. No obstante, la pérdida de la potencia militar de nuestro país devino indiscutible.

Ya se ha adelantado que uno de los elementos definitorios de la primera mitad del siglo fue, en ausencia de guerras de importancia, la utilización de los ejércitos en

labores de policía, singularmente ante las revoluciones de 1830 y 1848. Singulares fueron las jornadas del 27, 28 y 29 de junio de 1830, y los sucesos del 22 de febrero de 1848, todos en París; pero también los de 1846 y 1847 en Polonia e Italia, así como también en Austria; todos ellos dieron lugar a una reacción armada, que dio lugar a que el Ejército se convirtiese en la mayor parte del continente, con la excepción de Gran Bretaña y algunos países del norte, en columna vertebral de sus respectivas naciones.

En la segunda mitad del siglo, superadas ya las revoluciones sociales y políticas de la primera mitad -salvo en España, donde aún dieron lugar a la caída de Isabel II, a una primera República y luego a la restauración de la Monarquía- los principales ejércitos europeos se centraron en la aventura colonialista, apoyada por un nuevo impulso de industrialización, y a la que, siguiendo a Gran Bretaña, Francia y Rusia, se sumaron Holanda, Bélgica y Portugal. España, alejada de los escenarios europeos, se limitó a intervenciones singulares y limitadas en Cochinchina, México y Santo Domingo; hubo de centrarse en sus problemas internos (Cuba y tercera guerra carlista), y, finalmente, en una lamentable guerra con los Estados Unidos. Estos últimos se habían sumado a las nuevas potencias emergentes, como Alemania, Italia y Japón.

El desarrollo de los inventos en materia armamentística alimentó el concepto de guerra total, siquiera que ésta -salvando los casos de la guerra franco-prusiana y de alguna forma la de Crimea- no se plasmó en Europa, sino en las contiendas militares en otros continentes. Se hicieron comunes los cañones de retrocarga, de gran calibre y alcance; la ametralladora, inventada ya en el primer del siglo, se generalizó en las unidades de infantería, lo mismo que el fusil de repetición; las fragatas, ya con hélice, se hicieron acorazadas; aparecieron los torpedos y las minas, y con ellos los torpederos y los destructores; el ferrocarril se convirtió en un elemento muy importante para la estrategia y la logística, como lo fue también la telegrafía. A la par de una masificación de los ejércitos, se hizo indispensable cuidar de la buena salud de las tropas, en relación con las cuales «la destilación del agua -recuerda Comín- los anestésicos, los antisépticos, las ambulancias, contribuyeron a disminuir la mortalidad». A esto ayudó también el uso de la quinina frente a la malaria, un peligro constante en las guerras coloniales.

Centrándonos en España, en la segunda mitad del siglo el Ejército era un organismo mal organizado, pobre y mal pagado. Sus defectos eran graves, siendo el principal de ellos el de esa inflación de mandos a la que ya nos hemos referido, y frente a la cual las confrontaciones armadas en la Península y Cuba frustraron los repetidos intentos de reducir los efectivos, sin que la creación en 1883 de la Escala de Reserva significara más que un parche. El ejemplo de la absoluta derrota de Francia ante Prusia en 1870 contribuyó a que en España se empezaran a dar pasos

hacia el servicio militar obligatorio y al diseño de reservas movilizables. Todo ello daba lugar a unos enormes gastos de personal a partir de unos presupuestos limitados, afectando indirectamente a las necesarias consignaciones para armamento y material. Por otro lado, la presión política que exigía economías militares chocaría con las situaciones bélicas ya indicadas, además de otras como la crisis de Melilla de 1893 y la definitiva guerra de Cuba en 1898.

La artillería de hierro y bronce había empezado a ser sustituida muy lentamente por la de acero, con especial atención a los cañones Krupp. Con destino a Cuba se habían hecho las primeras adquisiciones de cañones de montaña de calibre 75 y otros de campaña de calibre 87, pero en general el armamento y el material logístico dejaban mucho que desear. Si no había dinero para personal, menos aún para armamento y obras. Para comprar unos cañones Krupp con destino a Cuba hubo que recurrir a una suscripción nacional. El Ejército podía ser aún más o menos operativo en contiendas civiles, pero su efectividad en una guerra convencional como la franco-prusiana hubiera sido casi nula.



Cañón Krupp de 30,5 cm. ("Memorial de Artillería", de J. Govantes)

Además, la pretendida reconstrucción de la Marina veía limitada la continuidad de sus programas y de su estrategia por una inestabilidad política que entre 1875 y 1885 la hizo estar en manos de trece ministros. Aunque en ese decenio se habían construido dos cruceros de 1ª clase, cuatro de 3ª y otros buques menores, en 1885 la Flota constaba de poco más de 150 buques de mayor o menor tamaño «pero

buena parte de ellos viejos, de diseño anticuado y de muy limitado valor militar». Si en 1887 se concedieron créditos para la construcción de 11 cruceros de 1ª clase, 10 cruceros torpederos de mayor o menor tonelaje, y casi centenar y medio de torpederos, su número no correspondía con su eficacia, y carecían de las condiciones propias de una Armada moderna en lo relativo a velocidad, protección acorazada y capacidad de fuego. Además, la Marina adolecía del mismo problema de inflación de mandos que el Ejército. Diversos planes para el desarrollo y potenciación de la Armada se sucedieron en los últimos años del siglo, pero a poco de nacer encallaron, y la mayor parte de la Flota programada no llegó a ver la luz. Terminaba el siglo con barcos no aptos para equipararse a las Marinas de los principales países.

La diferencia de potencia militar entre España y las principales naciones occidentales se iba a ver pronto, cuando en 1914 estalló la primera Gran Guerra.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023